

consistía que el pueblo fiel fuese de aquel modo presa del error y de la infidelidad. Salviانو, elocuente sacerdote de Marsella, creyó de su deber tomar la pluma para contener tales quejas y vengar á la Providencia en una obra que aun conservamos. Señores, en nuestros dias, en medio de nuestras convulsiones así políticas como religiosas, y de todos nuestros horribles desórdenes, ¡cuántos franceses vacilantes extraviados y escandalizados han tenido la osadía de decir que Dios no cuidaba de lo que sucedía en el mundo! ¡Quién de nosotros no habrá oído tal vez lo mismo? Y sin embargo, ¡qué es todo esto á los ojos de aquel que reina en la eternidad? Con nuestras quejas y blasfemias respecto á nuestros males, nos parecemos al insecto que creyese que el globo se habia desquiciado enteramente porque una gota de agua hubiera penetrado en su mansion. Sí, siempre hay algun designio oculto en estos choques y trastornos que de tiempo en tiempo cambian la faz de las naciones. Si el cielo se dignase revelarnos sus secretos, veriamos cuan profunda es esta sabiduría. Y nosotros mismos, á pesar de ser tan limitados, ¿no podrémos entrever algunos motivos de esas extrañas revoluciones que agitan á los pueblos? ¡Para

qué hay revoluciones? Suceden, señores, para castigo de las naciones criminales. La Justicia divina se ejerce en la vida futura únicamente sobre los individuos, y principalmente en este mundo sobre la masa de las naciones. Tan luego como la medida de los vicios, de los desórdenes y de la irreligion de los príncipes, de los grandes y del pueblo llega á su colmo, estalla la venganza, y Dios, zeloso de los homenages públicos de una nacion, la castiga visiblemente por su ingratitude y sedicion. Hace conocer á los poderosos que no queda sin castigo el ejemplo de licencia é impiedad que dieron á los pueblos, y á estos que no pueden seguir impunemente aquellos funestos ejemplos. ¡Para qué hay revoluciones? Es para enseñar á los que afectan ignorarlo, que Dios, Señor supremo, hace morir cuando quiere á los reinos como á los particulares: es para advertirnos que dirigamos nuestras esperanzas mas allá de este mundo, en el que todo es convulsion é incertidumbre: es para regenerar á los pueblos degradados y envilecidos por todos los vicios, y sacarlos de su letargo; pues los hay tan profundamente sepultados en el sueño de la indiferencia, que solo podria despertar al ruido de estas horribles tempestades. ¡Para qué hay re-

voluciones? Para atraer á los pueblos extraviados por el error á las doctrinas necesarias y largo tiempo desconocidas. Cuando las malas doctrinas han tomado el ascendiente, cuando se han hollado todos los principios conservadores de la moral y del orden público; cuando se ha contraído el hábito de llamar mal el bien, y bien el mal, ¿por qué medios se desimpresionarán los ánimos? ¿Será acaso por la razón? No, esta no es oída en el tumulto de todas las pasiones desenfrenadas y furiosas. ¿Será por la autoridad de la experiencia? Tampoco, solo se ven en ella entónces preocupaciones, hijas de la ignorancia y de la credulidad. ¿Será en fin por la autoridad de los sabios? ménos aun, pues que se los mira como unas almas apocadas, y como esclavos de rancias máximas. ¿Dónde pues hallaremos el remedio á este grave mal de los ánimos? Es preciso para curarlos una experiencia pronta, estrepitosa y sensible á todos: ¿y qué hace en este caso la Providencia? Retira su mano, abandona á los hombres á su inmoderada sabiduría; permite que arrebatados por la fogosidad de su delirante razón se precipiten fuera de los límites sagrados de la religion y de la virtud; y de repente el mundo moral y político se desconcier-

tan, saltan sus resortes, flaquean sus apoyos, el edificio social se aplana y cae sobre sus cimientos conmovidos; y ya no queda mas que un caos de desenfreno y de impiedad. Sin embargo, el mal se curará á impulsos de los mismos excesos: en el seno de la anarquía, en el conjunto de todas las calamidades, el hombre conoce la necesidad de un freno, y de una autoridad tutelar; todas las miradas se dirigen entónces hácia aquel que manda los vientos y las tempestades; la tierra se ilustra con sus desgracias, y aun se renueva por la enormidad de los males que sufre; y del centro de las ruinas del mundo destruido sale una voz poderosa que grita á lo léjos, como el eco penetrante de la trompeta: Y ahora entended, ó reyes; instruios vosotros, los que sois llamados para gobernar el mundo: *Et nunc reges, intelligite, erudimini, qui judicatis terram* (1).

Acabamos, pues, señores, de dar á conocer con cuanta ligereza se crée algunas veces el permiso del mal como incompatible con la bondad, la santidad y la sabiduría de Dios. Puede aun decirse, y esta es la última parte de la dificultad, que no solo permite Dios el mal, si-

(1) Salmo 2, vers. 10.

no que le tolera, de tal modo que la suerte de la virtud es peor que la del vicio; y que esto es un desorden que clama contra su justicia. La respuesta á esta última queja va á completar la que hemos dado á las precedentes, y destruirlas en todo aquello en que parecen mas legítimas y fundadas.

Os admiran, y con razon, el abatimiento y las penas de la virtud, y las prosperidades y triunfos del vicio; ¿pero os atreveréis á asegurar que Dios no hallará en los tesoros de su poder y de su sabiduría algunos medios de reparar un mal tan chocante? Si le creéis infinitamente sabio, creed igualmente que en esos desórdenes que os ofuscan hay cierto orden encubierto. Por mas que trabajéis, jamas podrán sofocar los sofismas en vuestra alma el grito con que la naturaleza, la conciencia y todo el género humano anuncian una Providencia. Si no distinguís claramente cómo puede conciliarse con su justicia la suerte del vicio y de la virtud en este mundo, será mas prudente confesar vuestra insuficiencia, que prevaleros de algunos vanos argumentos. Desconocer una verdad tan luminosa como la de una Providencia porque está envuelta en algunas oscuridades, es lo mismo que negar la existencia del

sol cuando está oculto detras de una nube; y con que haya un solo medio de justificar plenamente á la Providencia, deberiais adoptarle con ansia, mas bien que entregaros á vanas quejas. ¿No será acaso posible que todo esto que vemos esté ligado con otro orden de cosas que aun no vemos, y que este mundo imperfecto sea el bosquejo de un mundo mucho mas arreglado, y en que todo ocupe el puesto que le corresponde? ¿Por qué no hemos de pensar que el ser infinito tiene tambien designios infinitos? ¿No es natural que el ser eterno lo dirija todo á la eternidad? Considerad las cosas bajo de este punto de vista, y se disiparán todas vuestras dudas. ¿Cuál podria ser en efecto el motivo de vuestras quejas? ¿Es la prosperidad del vicio? Pero esta es muy pasagera, y debe confundirle ante el tribunal inevitable del supremo juez. ¿Son acaso los combates de la virtud, y los padecimientos del justo? Aquellos le aseguran una corona inmortal, y estos se convertirán algun dia en un goce inmenso de gloria y felicidad.

Lo diré como de paso y anticipadamente: no es posible dejar de admirar esta religion cristiana, la cual descubriendonos en la degradacion primitiva el origen de todos nuestros ma-

les (1), nos manifiesta su remedio; que añadiendo nuevas luces á las de la razon, convierte en certidumbre las opiniones dudosas de la filosofía humana, fija todos los entendimientos en la creencia de la vida futura, y explicando de este modo el mundo presente por el mundo venidero, nos enseña que aun los mas pequeños desórdenes que pueden notarse en la tierra serán completamente reparados en el reino de la eterna justicia.

Dejamos, señores, suficientemente vindicada la Providencia, y no nos queda en este punto mas oscuridad de la que es inseparable de todas las cuestiones intrincadas en que puede emplearse el entendimiento humano. Hagamos callar para siempre nuestras quejas y murmuraciones: si somos felices, ofrezcamos á la Providencia el homenaje de nuestra dicha; y si desgraciados, lloremos enhorabuena nuestros males; pero creamos al mismo tiempo que Dios no hiere sino para salvar: no hablemos mas de los juguetes de la fortuna, y solo veamos en todo los designios ya manifiestos, ya ocultos, de la suprema sabiduría. Si; el que reina en

(1) De esto trataremos algo en la Conferencia sobre los misterios.

lo alto de los cielos se entretiene con este mundo, y extiende su providencia al insecto que se arrastra entre la yerba, del mismo modo que al sol que nos alumbra; al pastor en su cabaña, como al monarca en su trono; grande en su justicia cuando destruye á las naciones; grande en su misericordia cuando las repone; grande en este mundo que solo es una sombra de sus eternos designios; grande sobre todo en el siglo futuro, en donde debe dar complemento á sus obras; siempre y en todo digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, él solo permanece, miéntras que todo lo ve pasar, y que las obras mas sólidas de la mano del hombre rinden tarde ó temprano con su caída un homenaje estrepitoso á su inmutabilidad.

ESPIRITUALIDAD

DEL ALMA.

CUANDO vemos á una multitud de sabios dedicarse con un ardor infatigable, unos al estudio de la estructura del cuerpo humano, de sus órganos y de su mecanismo para conocer mejor los medios de conservar y reparar sus fuerzas, precaver ó aliviar los males de la humanidad, y ciñéndose otros á miras ménos útiles poner todo su conato en observar en el hombre la variedad de sus colores, de sus formas y hábitos físicos para hacer su descripción, así como se hace la de las plantas y la de los animales, ¿será posible que carezca para nosotros de atractivo é interes el estudio de lo mas noble y elevado que tiene el hombre, que son las cualidades de su alma y de su corazón? ¿Nos hemos de entregar de tal modo á las cosas materiales, que no nos parezca mas que una

quimera cuanto está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera, que solo nos inspiren tedio y aun menosprecio las cosas morales y espirituales, que nada pierden de su verdad porque sean ménos palpables? Sí, parece que en nuestros dias particularmente se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos, en manejar en cierto modo sus resortes físicos, y en perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible; sumiéndonos en cálculos sin fin ni conexión alguna con nuestros deberes. Parece en efecto que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazón sentir otros deseos; y que la imaginación carece ya de vigor para elevarnos al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su grandeza, poder y beneficios, ó para excitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma, y de sus facultades y destino. Sin embargo, ¿qué cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal, y como verdaderos filósofos sepamos considerarle en esa inteligencia que le